

acarreó su administración debido a causas de jurisdicción—, Salta y Jujuy; la Residencia de Montevideo y del Paraguay. En cada capítulo se pueden apreciar las distintas características de los bienes de la Compañía, cómo éstos fueron *in crescendo* con el transcurso de los años y a través de qué medios; las funciones y finalidades que eran propias de cada bien y sus misiones tanto pastorales como educativas. Asimismo se precisa cada etapa de la administración tras la expulsión y se analizan los casos particulares que acaecieron durante la misma.

La intención del autor es la de, por medio de la visión de cada caso en particular, llegar al centro mismo del tema; así utiliza siempre la misma estructura de análisis e iguales medios, es decir, documentación de la época, paratextos, mapas y planos. Por último, el libro culmina con un balance general de dicha administración, revelándose en forma global los logros y fracasos de su resultado.

Si bien puede ocurrir que al lector le resulte un tanto fatigosa la reiteración de descripciones patrimoniales y gestiones administrativas, todas ellas aportan invalorable datos sin los cuales sería imposible valorar la gestión de las Temporalidades en su totalidad.

Esta obra, de gran valor y riqueza, es una puerta de acceso hacia una temática, hasta el momento poco tratada por la historiografía y otorga una visión firmemente documentada que busca revertir, desde la objetividad, la visión negativa arrastrada durante los años. De esa forma, Ernesto J. A. Maeder logra demostrar que la administración no careció de deficiencias y numerosos errores; pese a esto la verdad es que el sistema metropolitano aunque no estuvo en condiciones de atender eficazmente las Temporalidades en un primer momento, con el tiempo logró mejoría a costa de la liquidación de aquéllas. También deja en claro que fueron dichas falencias las que favorecieron la libertad que las autoridades rioplatenses se tomaron en provecho de los intereses locales.

La expulsión de los jesuitas dejó un vacío en la labor educacional y pastoral que la Iglesia y el Estado debieron asumir. La investigación de Maeder nos ilustra sobre el hecho de que el destino último de las Temporalidades fue testimonio de las dificultades y limitaciones con las que se pudo restablecer en ciertos casos el nivel de algunos servicios, mientras que otros de ellos quedaron abandonados tras la expulsión.

CARLA BATTEZZATI

LAURA MALOSETTI COSTA, *Los primeros modernos. Arte y sociedad en Buenos*

*Aires a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, 452 pp.

La autora se ocupa en esta obra de una institución pionera en el arte de Buenos Aires de fines del siglo XIX: la Sociedad Estímulo de Bellas Artes, fundada en 1876. A través de la institución estudia la interacción entre el arte y la sociedad y las estrategias montadas por los actores para construir espacios y circuitos de exhibición y difusión de sus producciones. Estas actividades estuvieron atravesadas por los debates teóricos propios de la época sobre modernización, arte nacional, progreso, civilización. El proyecto artístico argentino estaba vinculado a las problemáticas y debates en el campo intelectual y político característicos del fin de siglo en el país que se preguntaban por la identidad nacional y se proyectaba en la actividad artística y educativa que articulaba la producción artística de los actores.

Los objetivos de esta generación giraron alrededor de cuatro ejes: el primero consistió en desarrollar una actividad artística que crease las condiciones para su profesionalización y perfeccionamiento implementando políticas que coadyuvasen al fin buscado. Otro objetivo fue lograr que dicha actividad se elevase a la categoría de actividad intelectual. Para ello era necesario la conformación de un público y un mercado para sus obras mediatizado por la difusión periodística y la creación de ámbitos específicos para su difusión. Finalmente buscaron establecer una red de vínculos con los grandes centros artísticos internacionales que dictaban los códigos de pertenencia a una dimensión “mundial” del arte.

Malosetti enfoca aquellos pintores que, gracias a su formación europea, realizaron obras-bisagra que constituyeron un hito en el patrimonio nacional a partir de su legitimación en el ámbito del Museo Nacional de Bellas Artes. Entre ellas resaltan: *La sopa de los pobres*, de Reinaldo Giúdice, *Le lever de la bonne*, de Eduardo Sívori, *Reposo*, de Eduardo Schiaffino, *La vuelta del malón*, de Ángel Della Valle, y *Sin pan y sin trabajo*, de Ernesto de la Cárcova.

El aporte metodológico de la autora es visualizar esas obras articuladas con la formación europea del autor, la resonancia en la prensa y los medios intelectuales de la ciudad, el impacto que produjeron en el público, qué relación guardaban con cuestiones instaladas en la sociedad y en los proyectos de país que se discutían por ese entonces, es decir presentar al artista y su obra integrados en la realidad sociocultural de la época de la que participaban y al mismo tiempo que ellos contribuían a configurar.

La obra se inicia con la fundación de la Sociedad y se cierra con la última exposición del Ateneo en 1896, porque ésta aparece como un indicio de la

pérdida de vitalidad de los proyectos artísticos del 80 que daría lugar en los primeros años del siglo XX a “lo nuevo” y a una nueva generación de artistas portadores de otras ideas tanto artísticas como políticas. Ese año también significaba un punto de arribo: la fundación del Museo Nacional de Bellas Artes del que participaban los “padres fundadores” del movimiento estético y que van a detentar la suma del poder estético, desde la enseñanza artística hasta las decisiones respecto de las adquisiciones del Museo, la adjudicación de premios en las exposiciones, el otorgamiento de becas a Europa, etcétera, todo caía bajo su hegemonía.

La historiografía de las visiones esquemáticas y filiaciones estéticas resistente al desarrollo de los estudios culturales contemporáneos es señalada por Malosetti como uno de los enfoques largamente transitado en la historia del arte argentino. Uno de los objetivos de la autora es desmontar esa visión parcial, acotada, y cuestionar los supuestos sobre los cuales se apoyaron.

La obra está estructurada en dos partes. La primera se titula “Itinerarios de un proyecto” en el que la autora parte de Blanes y su cuadro *Un episodio de la fiebre amarilla en Buenos Aires* y pasa revista a la fundación de la Sociedad Estímulo de Bellas Artes, las Exposiciones Nacional de Córdoba de 1871, la Industrial de 1877, la Italiana de 1881, la Continental de 1882. La relación entre artistas y poetas en las páginas de *La Ilustración Argentina* marcó un punto de inflexión en que la colaboración entre ambos resultó fecunda y en cuya agenda la cuestión nacional aparecía en primer plano.

La segunda parte llamada “El regreso de Europa” es la más extensa y en ella se analiza el recorrido de los autores anteriormente mencionados, sus obras y la interacción con la sociedad argentina. En 1892 se fundó El Ateneo que si bien se inició como una tertulia literaria, que no faltaban en el Buenos Aires de fines del siglo XIX, ésta cumplió las funciones de un centro cultural ya que el local albergaba conferencias, exposiciones y conciertos.

El Ateneo significó un hito importante en la profesionalización de los escritores y al mismo tiempo un ámbito de debate, de discusión de ideas fundamentalmente estéticas, literarias y científicas. También participaron escultores y músicos como Alberto Williams y Julián Aguirre. La llegada de Rubén Darío, en 1893, nucleó alrededor de sus banderas estéticas a la bohemia moderna, El Ateneo fue la caja de resonancia de su programa modernista y un foro de sociabilidad pública en que convivían artistas e intelectuales modernos y renovadores y figuras reconocidas y con poder. El grupo artístico organizó exposiciones y la unión con los intelectuales dio frutos que volcaron en una actividad crítica en los diarios.

La autora destaca la labor de Rubén Darío como crítico de arte que trazó una historia del arte en el continente, dictó cátedra estética y sostuvo sus

convicciones y predilecciones en materia artística. Pocos artistas salieron bien parados de la pluma del poeta nicaragüense, sin embargo su palabra refinadamente poética otorgaba prestigio a todo aquello sobre lo cual se detenía. Darío echó por tierra las quejas de los artistas sobre la mercantilización de Buenos Aires y las dificultades para ejercer las actividades artísticas, y estimulaba a educar el “gusto nacional”, levantar las banderas del idealismo, y “educar al burgués”.

Si bien es cierto que los artistas señalaban en repetidas oportunidades la falta de interés oficial hacia los emprendimientos culturales, la generación de la última veintena del siglo XIX consiguió dejar sentadas las bases de un campo artístico en Buenos Aires, claramente diferenciado y relativamente autónomo de otras esferas de la actividad intelectual.

El aporte del libro de Malosetti es la mirada integradora de arte, imágenes, ideas y sentimientos de la sociedad argentina en vísperas del Centenario de Mayo, mediatizada por la literatura, la prensa, los discursos oficiales y las obras artísticas. Los pintores sobre los que centra su estudio son conocidos no sólo para un historiador del arte sino para un estudioso de la cultura argentina, pero la visualización del tema incorpora las nuevas claves de lectura de la historia cultural. Las ilustraciones de la obra ayudan a comprender el texto aunque distan de ser excelentes, como reclama un libro de historia del arte.

HEBE C. PELOSI

HEBE C. PELOSI, *El Museo Social Argentino y la Universidad del Museo Social Argentino. Historia y Proyección (1911-1978)*, Buenos Aires, Universidad del Museo Social Argentino, 2000, 379 pp.

En su trabajo, la Dra. Hebe Pelosi analiza minuciosamente la historia de dos instituciones de gran importancia de la historia cultural y de la educación de la Argentina: el Museo Social Argentino y la Universidad del Museo Social. Esta obra está dividida en dos ejes temáticos:

En el primero, la autora estudia la tarea desarrollada por el Museo Social Argentino; en ella realiza un exhaustivo relevamiento de datos que se complementan muy bien con la historia argentina; lo cual no deja de ser digno de elogio, pues Pelosi pone a disposición del lector un análisis de la historia de nuestro país de las últimas décadas del siglo XIX, el que no sólo se transforma en el hilo conductor para llegar a la historia misma del Museo sino que, a su vez, sirve de encuadre para comprender su nacimiento.

En los primeros capítulos no sólo explora el accionar de la dirigencia po-